

declaración, y por eso... Pero ni aquí, ni a usted, tengo derecho de echarle en cara ninguna cosa, porque Ud. fué muy buena, muy buena... Yo sí debo pagar el daño que le causé... Pues si no me ama, si me rechaza, recogeré esas prendas, si lo permite, y me marcharé a pagar mi culpa, lo que debo tal vez por egoísmo malsano...

—Pero Luis, si antes Ud. fué también bueno conmigo, y me dejó. ¿Quién me asegura que ahora no va a ocurrir lo mismo? ¿Qué seguridad tengo de la constancia suya? ¿Acaso, aun cuando lo amara todavía, puedo fiarme de sus promesas?

—Bajo mi fe de caballero le prometo darle en seguida esa seguridad... ¡Vamos al altar!

Tembló Felicia como oscila una llama que el céfiro besa; un frío le bajó desde la cabeza hasta los pies, perdió la gravedad y suavizó el semblante. Experimentó una emoción de alegría, de miedo inexplicable. Amaba a Luis, era al único hombre que amaba; pero la había hecho padecer tanto... Al principio de la visita estaba indignada, y trató de mantener la indignación, pero sus esfuerzos se estrellaron contra el amor, que la poseía por completo. Siguió creyendo que soñaba y murmuró:

—¡A la iglesia!... Pero Luis, por Dios, no sea engaño esto.

—Jamás, Felicia, jamás. El amor que de su pecho desbordó para anegarme en deleite celestial,

rendido a sus pies me tiene, porque un amor tan profundo y constante como el que prendió en su alma, eleva a un hombre: debo estar orgullosísimo de él; y su corazón, Felicia, todo piedad, todo belleza, purifica y detiene el mal para que sólo se practique el bien.

—¡El perdón, la reconciliación... Sí! exclamó ella como hablando consigo misma, y mirando intensamente a Luis, que mirándola también, con arrobamiento, siguió:

—¡Ah, qué feliz soy! Y para comenzar a cumplir mis promesas, como le dije al entrar, si usted quiere, tendré con su mamá una entrevista a fin de formalizar mi compromiso y resolver lo que a la boda concierne.

Felicia apenas pudo decirle:

—¡Boda...! Todavía no, Luis. En otra ocasión, hoy no; venga mañana, mejor...

III

Con las orejas encarnadas y sintiendo en las mejillas como un fogonazo, Luis salió vencedor del cálido salón a la fría calle. Lentamente, con rumbo a su domicilio, ganó la atera opuesta, poco alum-

brada. Contemplando su situación, estremeci6se por el peligro que corri6 de ser rechazado, en justo castigo a su incalificable desapego; pero en compensaci6n le produjo gozo la brillante victoria, el compromiso contraído con la ni6a, que hall6 bella cual nunca; y en su optimismo, para que nada faltase a su dicha, crey6 poder arreglar las cosas en su casa y volver la alegría a los seres m6s amados. Se sintió muy feliz, y s6lo el plazo de ma6ana, que le se6al6 Felicia, le pareci6 un siglo; no obstante había callado, no discuti6 por no festinar las cosas y exponerse a perder la plaza reconquistada: a lo menos asÍ lo pens6; y, por otro aspecto, le pareci6 cortés y hasta necesario dejarla reflexionar tranquilamente, despu6s de acontecimientos tan trascendentales para su vida.

Caminaba Luis, despacio, la cabeza inclinada, abstraído en el recuerdo del di6logo que sostuvo con Felicia, lleno de ilusiones fundadas en la mujer que sería su esposa, cuando al llegar a la esquina en donde 6l se detuvo al anochece a observar a su acompa6ada novia, del establecimiento de licores cercano salt6 Alfredo como un gato montés furioso, enarbolado el bast6n, y sin decir agua va, se lo quebr6 a Luis en mitad del cr6neo, con violencia tal que le parti6 el sombrero. Luis vacil6, alz6 los brazos y vino a dar al ca6o; en seguida se levant6 ba6ado en sangre, y tartaleando acometi6 con los

puños al agresor, que hasta ese momento no supo quién era. Quebrado el bastón, Alfredo tiró lejos el cabo y esperó a pie firme la acometida, recibiendo a Luis a puñetazo limpio, y con gran ventaja. La riña atrajo a los ociosos de la pulpería y al policial de línea, quien pitó. Los vecinos asomáronse a las puertas y ventanas, y un policial y otras gentes acudieron presurosos al pitazo. En pocos momentos la aglomeración de personas imposibilitaba el tránsito, y la gritería del público era ensordecedora.

Unos hombres del hampa, riéndose de gusto, gritaron:

—Miren dos *levudos arriándose*; está bueno.

—Déjenlos, déjenlos; corearon muchas voces desalmadas.

—Métale por debajo; gritó un gandul.

—Quítenlos, quítenlos; clamó una voz compasiva que se perdió sin resultado entre muchas otras.

—¿Qué sucede? Preguntan los vecinos desde las puertas y ventanas.

—Pleito, pleito; contestan los que corren al grupo de la refriega.

Los dos policiales no querían maltratar a los luchadores ni exponerse a recibir bofetones, por lo cual, para separarlos, requirieron el auxilio de los particulares.

En medio del escándalo que hacían granujas y

hombres, Alfredo y Luis fueron conducidos a la detención. Pasado el coraje, los jóvenes vieron el tropel de gentes, se dieron cuenta de lo ocurrido, y se avergonzaron, sobre todo Luis, que deseaba ocultarse. A éste, de la herida manábale mucha sangre; y un desconocido, al entregarle el sucio, roto y arrugado sombrero, le ofreció el brazo, no fuera el joven a desmayarse en el camino y a caer otra vez. Aceptó Luis el apoyo que desinteresadamente se le ofreció, y, silencioso, limpiándose la sangre, echó a andar por donde la policía ordenó.

Los detenidos pasaron frente a la ventana en la cual, con la cara compungida, Felicia, acompañada de su madre, se había situado desde que oyó el silbato de alarma, el ruido de la gente corriendo en la calle y la greguería. La pobre niña, llorosa y con el corazón hecho una pasa hubiera gritado: «¿Dónde lo llevan? Déjenlo aquí. Entra Luis, éntra. ¿Qué te pasó? Yo te curo». Pero el respeto a su progenitora ahogó el deseo; y, hecha un mar de lágrimas, como si fuese una predestinada al sufrimiento aun en medio de su triunfo y felicidad devuelta por el hado, se metió de prisa en su alcoba, se postró ante una imagencita de la Virgen y le pidió fervorosamente que sacara con bien a Luis.

Llegados al Cuartel de Policía sólo permitieron la entrada a los indiciados y a los testigos; a la demás gente la retiraron del portón. Alfredo y Luis

fueron presentados al sargento de guardia, quien tomó nota del suceso y los remitió en seguida a la Agencia de Policía. En esta oficina estaban tomando las declaraciones cuando se presentó el Médico del Pueblo, llamado por la autoridad. El Doctor se enteró brevemente del suceso, miró al herido, y seguro de que el examen de la lesión no agravaría el estado del enfermo, la inspeccionó, y autorizado por Luis le prestó los primeros auxilios médicos. El Doctor rasuró el contorno de la herida y con unas pinzas extrajo pedacitos de fieltro que se habían incrustado en el cuero cabelludo; preparó una solución antiséptica de sublimado y, empleando algodones esterilizados, lavó cuidadosamente con esa solución la herida; dió dos puntadas con crin de Florencia, aplicó encima gasa yodoformada, e hizo un vendaje; pidió que trajeran al enfermo un confortante por el valor con que había soportado la operación, y procedió a emitir el dictamen médico legal que concluyó así: la herida con un tratamiento apropiado podrá sanar en unos nueve días, salvo complicaciones.

Luis hizo constar que la lesión se la había ocasionado al caer, en el filo del cordón de piedra del caño; y que no presentaba ningún reclamo contra Alfredo; éste, por su parte, aunque no tenía señal ninguna de lesión, manifestó que no reclamaba nada contra Luis. Entonces la autoridad los dejó libres

con la advertencia de que podían ser llamados nuevamente. Sin más diligencias, salió primero Luis acompañado del Doctor y del desconocido que le prestó auxilio, y más tarde despidieron a Alfredo.

IV

Las malas noticias suelen tener impacencias de niño, alas invisibles, y traidores y alarmantes picos.

Aunque Marta y su señora madre vivían lejos del lugar en donde la pendencia ocurrió, hubo quien volara a decirles y exagerarles el lance del cual tan mal librado salió Luis. La noticia les cayó como un rayo, de sopetón, y desesperó a la señorita y a la madre, a quien ya le parecía ver entrar a su hijo acostado en una camilla, exangüe y sin aliento. Marta corrió a echarse un pañolón sobre los hombros, decidida a lanzarse a la calle en busca de su hermano. Afortunadamente, Carlos, el excelente amigo de Luis, que estaba de visita, pues acostumbraba, desde que llegó al país, ir todas las noches a ver a Marta, las apaciguó, y, ofreciéndoles traer informes y aun al mismo Luis, se fué a averiguar lo que hubiera de cierto y a prestar el auxilio neces-

rio. A pesar de ello, la zozobra y la angustia, a medida que el tiempo transcurría, desgarraban el pecho de las dos mujeres, que se imaginaban lo peor, atormentándose así, al punto de salirse a la puerta a detener a los transeuntes más o menos conocidos para preguntarles, qué sabían de Luis; pero nadie les dió razón. Entonces principiaron los comentarios. Marta decía:

—Yo creo que Luis buscó a Alfredo. Supóngase Ud., para vengarme, decía él; venganza a la que yo me opuse con todas mis fuerzas, porque no había razón.

—No lo creo, contestó la señora, porque Luis es muy sensato e incapaz de dar escándalos, que no sólo a él le perjudican, sino a nosotras también, pues creerán al ver la saña, que algo grave pasó entre ti y Alfredo, y eso no se le escapa a Luis, estoy segurísima.

—Pero mamá, si el mismo Luis me dijo que se vengaría...

—Aunque. Si te lo dijo en un momento de justa indignación, debió cambiar de idea más tarde; ha pasado bastante tiempo después de la amenaza, y dejaste tus lamentaciones que eran las que lo enristecían y lo impulsaban.

—Pues yo sí creo que Luis haya cometido esa imprudencia porque de otra manera no me explico el encuentro entre ellos dos. ¿No te parece incomprensible?

—A mí no. Todo lo creo de Alfredo. Nunca me la hizo buena ese muchacho.

—Pues a mí no me cabe la menor duda, que fué Luis a buscar a Alfredo y ha salido mal. ¡Dios mío, qué será que no llega, y tampoco nos traen noticias de él!

—No, hija, Luis no ha hecho lo que tú crees. ¡Quién sabe qué otra cosa ha pasado! El no arma camorras en las calles; ni su carácter ni su edad se...

—¡Mamá, como que vienen... allá lo veo! ¡Mira! Yo salgo...

Efectivamente, el médico y el servidor desconocido traían a Luis, cada uno de un brazo. Luis caminaba por sus propios pies.

—¡Luis de mi alma! gritó la madre; y ambas mujeres, llorosas, desaladas, desprendiéronse de la puerta, fueron al lesionado y lo abrazaron.

—Señora, no pase Ud. cuidado, es poco; dijo el Doctor:—Bueno será, eso sí, que se acueste y permanezca mañana todo el día en su cuarto, que volveré a verle y le mudaré el apósito si fuere necesario. Tranquilidad, no conversar es lo que necesita ahora.

—¡Doctor, me lo han querido matar! ¡Hijo de mi alma! ¡Mire Ud., que eso de darle en la cabeza...! ¡Cómo viene de envuelto...!

—Si no es nada, mamá; no se desespere. Dijo Luis infundiendo ánimo a los suyos:—Vamos to-

dos adentro, a la casa, que deseo vivamente darle las gracias a este señor (al desconocido) por su solicitud: él recogió mi sombrero, me ayudó a andar... y me trae con el Doctor.

—¿Pero no te han hecho mucho daño?

—No, mamá, no. Un simple golpe en la cabeza, nada más, y algún arañazo insignificante.

—No tan simple; corrigió el Doctor.

Marta, por su parte, profería exclamaciones de pesar al ver la cabeza de su hermano toda envuelta.

Entraron en la casa; y el desconocido y Luis, no obstante que el médico prohibió la charla, refirieron el suceso. El Doctor dió algunos consejos para que el golpeado recobrase pronto la salud, y seguido del hombre con quien trajo al enfermo, se marchó, no sin repetir que volvería a la mañana siguiente.

Una vez la familia, sin testigos, dijo Marta, como para agradecer a su hermano:

—Carlos estaba con nosotras cuando nos vinieron a contar que te habían pegado, y en seguida se fué en tu busca. Y cambiando de tema, agregó:— No puedo creer que Alfredo fuera tan villano, se me hace cuesta arriba. ¡Quién lo hubiera pensado, pegarle a un hombre a la traición... ni que fuera el peor y más odiado enemigo!

—¡Infame! Exclamó la señora:—Ese es un...

—Pero Uds. ignoran por qué me acometió a la traición. Cegado por...

—Por cobarde; porque frente a frente quién sabe cómo le hubiera ido; exclamaron madre e hija, una después de la otra.

—Sí... pero... Porque te vengué, Martilla, te vengué. Hoy en la tarde, más bien al anochecer, estaba Alfredo en grandes con Felicia, en la ventana. Me presenté, y ella, por atenderme a mí lo dejó a él plantado o tuvo él que despedirse, que eso no lo vi, y luégo... Felicia y yo nos contentamos.

—¡Qué dicha! Exclamó Marta.

—Sí, Marta ¡qué dicha! y doble porque así lo has conocido a él, y yo me arreglé con Felicia que es un ángel.

—Hijo mío, has hablado mucho. Recuerda que el Doctor encargó que reposaras, que durmieras. Tanto hablar te hace daño. ¿Te ayudo a desnudarte y te metes en la cama?

—Bueno, mamá, como Ud. guste. Y la madre, como en otros tiempos, en los de la infancia de sus hijos, acostó a su nene-hombre, lo arropó cuidadosamente y lo dejó solo para que el sueño operara saludablemente.

V

Marta, una vez que palpó a su hermano, que lo vió vivo, que lo oyó hablar como siempre, y que

desahogó el susto llorando, se tranquilizó y pudo recibir y atender a las personas que llegaron a preguntar por Luis.

Carlos regresó al fin, sabedor de que Luis debía de estar ya en su casa, y trajo acopio de datos, e informó exactamente y gustosísimo a la señorita que pretendía, de los pormenores del lance, y de lo que pasó en la Agencia. Antes de marcharse quiso ver a Luis, pero éste descansaba; se despidió de Marta, afectuosamente, y prometió volver a hacerle compañía a su amigo.

Cuando Marta quedó sola, se dió a pensar:

—¡Pobre hermano mío; ya sé cómo me vengastel! Hiciste la buena acción de volver al lado de Felicia, que hubiera muerto soltera, fiel a su primer amor... Tenía razón Luis; pero mi sufrimiento fué escuela para mi hermano; aprendió en ella a rectificar su conducta, a tornar al buen camino, y castigó sin palo ni azote al que clavó en mi corazón la primera espina de amor, quien, de todos modos, jamás hubiera alcanzado la fruta exquisita que últimamente se proponía, porque Felicia me confesó en una ocasión, que jamás se casaría con hombre que no amara de verdad, pues le era horroroso juntar su existencia a un sujeto contra quien tenía prevenciones o que le era indiferente... Creo que me lo decía por consolarme; pero Felicia es muy franca, y en todos sus actos, hasta en el de

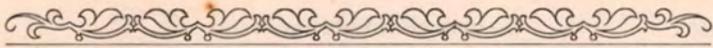
esta noche, se ha mostrado como es, sin reservas ni tapujos, y ha probado que ni siquiera estimaba a Alfredo. ¡Pobrecilla, cómo estará sufriendo!... ¡Pobre hermano mío! Se ha demostrado, con hechos duros para ti y para nosotras, que Alfredo, oh, Alfredo, es vulgar, no es caballeroso... ¡Pegarle a Luis a la pura traición, y tirarle con un palo casi a matarlo!... Parece mentira. Sólo la realidad cruda, confirmada por todos los que esta noche han referido el suceso, puede traer a mi ánimo el convencimiento. Conozco ahora dos almas; mejor para mí: la de Luis, que ya la conocía, y la de Alfredo, que la he bajado del pedestal... ¡No detenerle ni siquiera el recuerdo de que Luis es mi hermano, y no como cualquiera sino casi un padre!... ¡Ese hombre, en un rapto de pasión, ciego, sin freno, sale no sólo de mi hermano sino de mi madre y de mí también! Hoy mejor que nunca comprendo cuánto hace la imaginación. ¡Cómo adorné de virtudes y cualidades físicas a Alfredo, cómo le vi hermoso, gentil...! Y... podrá ser todo eso, pero para nosotros no es más que un enemigo, una serpiente que se enroscó en nuestra casa para engañarnos y perjudicarnos... No le amo, siendo como es hoy, tal como se ha presentado de cuerpo entero. Lo seguiría amando, como lo había imaginado, o si él viniese aquí a dar una explicación a la familia y se tornase excelente amigo de Luis;

pero ni para qué pensar en eso... ¡Celoso de Luis, celoso! Como si Felicia alguna vez hubiera respondido a sus deseos. Y en cambio, yo sí que le amaba... ¿para qué negarlo?... Con lo ocurrido jamás volverá a mi lado, imposible, hay un abismo entre nosotros. Porque él jamás volverá, es claro; el que ataca a mansalva, tampoco ha de tener la elevación de sentimientos necesaria para dar una satisfacción cumplida. No volverá, hay que desechar la esperanza por absurda: Alfredo no me amó nunca; fuí su entretenimiento unos meses... Después él se llevó el incensario para otro altar, y la diosa nueva vió indiferente el culto, no le hizo el milagro de bajar de la peana para agradecerle el humo perfumado y las genuflexiones. ¡Si lo habrá conocido Felicia por presentimiento!... ¡Tenía razón Luis! ¡Cuán superior es Carlos! Y es preferible cruzar la vida del brazo de un hombre de bien, por humilde, sencillo o pobre que sea, que del brazo de un pícaro, por elegante, rico y seductor que se presente. ¡Cuántos disgustos menos, cuántas alegrías más!... Creí a Alfredo todo lo que se me autojó de bueno; y esas cualidades tejieron la red de amor en que caí como una incauta palomilla nocturna. ¡A cuántas les habrá pasado igual: creer que están enamoradas de un cierto hombre, y de casadas resultarles otro muy distinto; pobrecillas, que no abrieron a tiempo los ojos! ¡Suerte la mía, que sin estar presa por lazos indis-

tubles me desengañé muy a tiempo! Las virtudes de mi adoración son las mismas y las sigo adorando. Cuando un hombre que me sea simpático se me acerque, procuraré averiguar si las tiene, si ello me es posible, y después... Es necesario que conozca efectivamente al hombre a quien he de entregar mi existencia; estar segura de que es lo que pienso que es, no porque me lo figure, sino porque tenga las pruebas. Si para la mujer, amar fuera sólo dejarse besar como una flor es besada por una mariposa, entre los rayos de sol de una alegre y corta mañana y el brillo y la frescura de las gargantillas de rocío, podríamos pensar de otro modo; pero el amor nos lleva al matrimonio o a otras complejidades de la vida, que exigen para que la existencia no sea un infierno, además del corazón, la cabeza.

A medida que desplegó su pensamiento, más sesudo por la experiencia, iba despojándose de las prendas de vestir. Cubrió su hermoso cuerpo de virgen, con una camisa de noche, blanca y llena de bordados y encajes; apagó la luz y se acurrucó entre los blandos cobertores.

En el momento de la redacción de este libro, el autor se encontraba en un momento de gran actividad intelectual y artística, lo que se refleja en la riqueza de los datos y en la profundidad de los análisis. El trabajo se divide en varias partes, cada una de ellas dedicada a un aspecto específico del tema que se trata. La primera parte trata de la historia del arte, desde sus orígenes hasta el presente. La segunda parte se ocupa de la estética, de los principios que rigen el arte y de los criterios de valoración. La tercera parte aborda la crítica de arte, de sus métodos y de sus aplicaciones. La cuarta parte trata de la historia del arte en el mundo hispanoamericano, desde el período colonial hasta el presente. La quinta parte se ocupa de la historia del arte en el mundo hispanoamericano, desde el período colonial hasta el presente. La sexta parte trata de la historia del arte en el mundo hispanoamericano, desde el período colonial hasta el presente. La séptima parte trata de la historia del arte en el mundo hispanoamericano, desde el período colonial hasta el presente. La octava parte trata de la historia del arte en el mundo hispanoamericano, desde el período colonial hasta el presente. La novena parte trata de la historia del arte en el mundo hispanoamericano, desde el período colonial hasta el presente. La décima parte trata de la historia del arte en el mundo hispanoamericano, desde el período colonial hasta el presente.



REPARACIONES

I

HAY cosas en la vida que parece que no debieran realizarse, tales son los obstáculos que contra ellas se levantan cual advertencias duras de posteriores desgracias. Por dicha sé, que de lo que no nos sale bien sólo debemos culpar a nuestra ignorancia o a nuestra mala cabeza. No a otras causas se debe que yo no pueda ver a Luis sino hasta pasados cinco o nueve días, durante los cuales tendrá que guardar encierro y reposo. Algo de culpa me corresponde en el percance, puesto que probablemente la ira y los celos de Alfredo los provoqué al desatenderlo: se vio humillado por una mujer ante un hombre; y unida la humillación a

los celos, que lo atenaceaban quién sabe desde cuándo, se ofuscó y la emprendió a palos con Luis. Si hubiera yo procedido con juicio y la cortesía propia, tal vez evito el accidente, que es una desgracia, porque tres familias se han disgustado, que entretenían buena amistad; aparte el peligro de morir del cual escapó Luis, salvado por el santo del día, pues si acierta el otro a darle en peor lugar de la cabeza, lo mata, como explicó el Doctor. Con tal de que el golpe no me le vaya a cambiar el corazón y las intenciones... Entonces sí que soy capaz de hacerme hermana de la caridad y emprender viaje a Guatemala. ¡Ya sería demasiado sufrir por un hombre...! Pero no, eso no ocurrirá, ya no puede ocurrir: el de antenoche es el último trago de acíbar que beberé hasta la boda, estoy segura. Le contaré hoy a mi madre, todo, y le pediré permiso para ir a visitar a Luis. ¡Qué contraste para ambos, para él y para mí: después de una alegría inesperada, tamaño golpe! Cuando pasó por la acera, herido, sentí lástima y casi desesperación de haberlo tratado con sequedad y desdén; pude haberle ahorrado esa congoja, ya que tan caro le iba a costar la reconciliación. ¡Pero no soy adivina! Aunque la sequedad y el desdén fingidos eran, para juzgar yo mi situación, y por atraerlo mejor. ¡La Virgen de los Angeles me lo ha de curar pronto! ¡Cuánto lo amo! Si fuera su esposa a mí me to-

caría estarlo cuidando. Eso le corresponde ahora a Marta y a mi mamá política, que lo quieren con delirio, como él se lo merece; pero no tanto como yo. ¡Ah, Marta, cómo habrá sufrido, tan enamorada de Alfredo!... Por todo me alegro de no haberle hecho caso a ese hombre, que, además, no tiene el valor de ofender cara a cara, sino alevosamente. ¡Qué desengaño más duro se ha llevado Marta, que en tan alta estima tenía a Alfredo!... Pero como que ya ella se estaba dejando cortejar de otro... de Carlos... A lo menos así lo dicen. Menos mal. Lo único que en este momento deseo es que me dejen ir a ver a Luis a su casa... Qué tendría: ya es mi prometido; en cuanto esté bueno pide mi mano, él me lo juró. Además, iría yo acompañada con mi prima. ¡Dios mío, que todo salga bien! Una vez casada con Luis... la felicidad me sonreirá... Algún daño me había de causar Alfredo: por algo le tenía yo ojeriza casi desde que lo conocí; y si lo soporté, fue por ser quien mejores datos me traía de Luis, y para que éste volviera. Y... la verdad es que me surtió buen efecto el plan. ¡Qué mala soy! No lo debiera haber hecho. En fin, ya está, pecho al agua y olvidar los disgustos pasados... Como no se han de repetir...

En esos pensamientos ocupaba Felicia su mente, sentada en una sillita de tijera, ejecutando una labor de mano en el bastidor y mirando por la

ventana, de par en par abierta, las flores del jardín.

La vida interior de la joven habíase transformado. Una primavera renacía en su alma enamorada, florecida en sus ojos. La hosquedad del ambiente huyó como por la virtud de una varita mágica, y de pronto se iluminó la casa, resplandecieron los semblantes, las risas argentinas como escalas musicales desgranaron, y los cánticos a la vida brotaron de la garganta de la niña. Su pensamiento volaba a Luis; mas habiendo ya el médico explicado que pronto el muchacho estaría bien, poseída del encanto sin igual del amor correspondido en la juventud, Felicia se estremecía de dicha, y su mirar vagaba por el jardín. ¡Qué bello aquel pedazo de tierra cultivada, cubierto de hojas, claveles, margaritas, fúceas y botones de rosa! Todo reía para ella: el cielo, las aves, las plantas, la brisa, que le besaba los rizos y jugueteaba murmurando entre el ramaje. El sol cantaba un himno jocundo; los canarios del corredor trinaban a porfía; y de la cocina escapaban los ecos, amortiguados por la distancia, de una canción amorosa y melancólica de la cocinera.

¡Cuánto tiempo su escenario, la decoración y los coros fueron los mismos, y sin embargo ella no los vió, no los sintió! La encantadora Felicia hacía mucho tiempo que no tenía ojos para extasiarse, como ahora, en la contemplación de tantas cosas

bellísimas como nos rodean, por donde quiera y siempre.

Llegó Filomena, la mendiga, y Felicia se levantó a recibirla. ¡Qué simpática y radiante venía la vieja! Siempre al brazo el canastillo, que la niña le quitó para llenárselo. ¿De qué? De cuanto pudo, de su dicha, que, como se desbordaba, empleábala en hacer felices a los demás.

II

A la mañana siguiente, temprano, el médico, cumpliendo lo prometido, estuvo a visitar al enfermo. Le pareció satisfactorio el estado: no había fiebre, y la inflamación traumática no presentaba síntomas de carácter peligroso. No había, pues, gravedad; y con un poquito de paciencia y de cuidado, pronto el lesionado recobraría la salud. Rogó a Luis, que todo el día se quedara recostado, por pura precaución; ordenó que le pusieran una bolsa de hielo en la cabeza, y que siguiera en reposo; dió bromas de buen gusto al paciente y a la hermana que en aquel instante hacía de enfermera, y se despidió dejando tras sí animación y alegría, allí en donde la noche antes hubo congojas y lágrimas.

Luis no pasó bien la noche, pero en la mañana

se sintió mejor, aunque la inflamación de la herida algo lo molestaba. Se le había prescrito el reposo, pero él no hizo caso, charló hasta por los codos con Marta y con Carlos, quienes al fin lo dejaron para evitar consecuencias malas si persistía Luis en hablar. Su tema principal de conversación era su novia, su triunfo conquistado casi de manera trágica. Se emocionaba al recordar el semblante de Felicia cuando él, en brazos, pasó frente a la ventana en donde ella estaba asomada con su madre. Y a cada momento inquiría con insistencia lo que supiesen de Felicia. Luis, además del golpe, tenía fiebre de amor, delirio de ilusiones matrimoniales y vivos deseos de que alguien infundiera a Felicia la idea de venir personalmente a saber del estado de su galán doblemente herido, y que la dejaran entrar a su cuarto, para verla, para conversar con ella, para sentir su aliento saludable y bañarse en su mirada azul, seráfica.

Mas los tiempos no eran los mismos. Ahora no disfrutaba de las mismas consideraciones de parte de la familia de Felicia, que cuando lo lanzó de la silla el potro y estuvo en cama; su conducta posterior, dió pie para que le retiraran la confianza. Y Luis bien lo comprendía.

Cuando el joven se quedaba solo, recriminábase mentalmente el haber estado a punto de perder una dicha que nunca le pareció tan grande como la es-

taba experimentando realmente. Pero también se le ocurría, que gracias a tantos acontecimientos penosos, el placer era mayor. Hacía cálculos económicos para ver si estaba en condiciones de llevar al matrimonio las comodidades necesarias. Pensaba ahincadamente si podría responder leal y cumplidamente a todos los deberes que el nuevo estado le impondría; y el amor, siempre audaz, contestaba allanando caminos y derrumbando obstáculos, como un niño con un soplo bota las cartas que, para jugar, ha enfilado sobre una mesa. Sentía Luis como si el triunfo que lo convirtió en mártir, le hubiese transformado interiormente, y hubiera vestido cuanto le rodeaba con diáfanos velos de aurora y guirnaldas de flores. Las horas le parecían discurrir lentas, perezosas, y por más que su magín sin descanso trabajaba, no veía ninguna aparición en la puerta de su cuarto o siquiera en la ventana, como la aparición femenina al Dr. Fausto en su laboratorio; y sin embargo él la esperaba. Pues ¿para quién y por quién su imaginación afanosa tendía alfombras de oro, colgaba velos finísimos como tejidos de araña, esparcía rosas, quemaba en los pebeteros las esencias más ricas del Oriente e iluminaba su reducida estancia, como en un día de gran fiesta las naves de un templo?

III

Felicia no obtuvo la venia para visitar al enfermo; y no se atrevió a contravenir la voluntad de su madre, haciendo lo que en otro tiempo, irse a casa de Luis a excusas de ella, porque las cosas habían cambiado bastante. Empero, supo diariamente del herido hasta su completo restablecimiento porque se ingenió manera lícita de procurarse tan natural satisfacción.

La enfermedad de Luis era la única nubecilla obscura en el nuevo cielo color de turquesa, tachonado de esperanzas bien fundadas de la joven amante. Y la nube se desvaneció muy pronto, pues a pesar de lo rudo del bastonazo, una semana más tarde Luis había ya recuperado la salud; sólo le quedaba una cicatriz irregular, que, con el cabello, al peinarse, tapaba, porque era larga y fea. La niña, en compensación justa a su interés, tuvo la grata sorpresa de recibir en su propia casa, al joven de sus ensueños, el primer día que éste salió a la calle.

Luis, cuando el médico lo autorizó para asolearse, como decía, aprovechó la autorización para ir, primero que nada, a visitar a Felicia, ansioso de conocer la disposición en que, con respecto a él, se encontraba la niña.

La alegría de los novios al volverse a ver des-

pués de la reconciliación y del desgraciado percan-ce, espontánea, franca, intensa, fué la prueba pal-maria de la sinceridad de su amor y de las promesas que, cogidos de la mano, se juraron.

La visita hubiera sido interminable, una vez que, concluídas las palabras, mudos de placer, mirándose tiernamente, experimentaban la emoción íntima de dos almas que se compenetran, que se funden, que en deliquio espiritual escapan de la esfera terrestre para encumbrarse a las regiones etéreas, a los espacios siderales desde donde, en las noches, las estrellas, con sus movibles largas pestañas de luz tenue y misteriosa, en silencio nos elevan a lo sublime, nos muestran el infinito y nos abisman en la contemplación de la eternidad.

Una voz femenina llamó desde el zaguán, con insistencia, interrumpiendo a los novios:

—¡Felicia, Felicia!

—¡Señora! Contestó la invocada cayendo con ímpetu a la vida real, como quien despierta de un dulce sueño conciliado después de horas de trabajo penoso, al toque de una campana estridente, para aprontarse a la faena.

—¿Estás en la sala?

—Sí, mamá.

—¿Con quién?

—Con Luis, mamá, que desea hablar contigo, y que por eso ha venido.

—Ajá; voy en seguida.

La madre de Felicia apareció al momento en el salón; y con porte digno saludó a Luis y se sentó frente a él diciéndole intencionalmente:

—Está Ud. un poco pálido...

—Debido, señora, probablemente, a la mucha sangre que perdí, y a que quizá no esté aún completamente restablecido. No obstante me siento perfectamente; le replicó Luis sin titubear, aparentando una serenidad que estaba lejos de tener.

—Ha debido Ud. ser más precavido y cuidarse mejor. Abusa Ud. de sus fuerzas y se toma empeños que debía reservar para cuando no le cupiera duda del buen estado de su salud.

Ya por este portillo que la propia madre de Felicia le abría, Luis, sin vacilar, entró. El alma le volvió al cuerpo, y fué entonces directamente al grano, para salir cuanto antes del paso que consideraba más difícil y expuesto cuando menos a sermones y cargos.

—No me quejo, ni creo abusar. Me conduzco siguiendo las prescripciones del médico, al pie de la letra; y él me ha dado de alta. En cuanto a los empeños... sólo uno tengo por ahora, que es el que me trae, y bien digno por cierto de toda nuestra atención.

—Ud. dirá.

—La verdad... no sé por dónde empezar... Ex-

cuse, señora, mi turbación ante Ud... pues se trata de algo muy serio... para mí, para usted y para...

—Vamos a ver... ¿De qué se trata?

—Lo primero será decirle... ya que Ud. me autoriza... que tenga la bondad de perdonar las incorrecciones que yo, con ligereza, he cometido aquí, y afuera, que a Uds. causaran algún disgusto, y de las cuales, créame, estoy arrepentido...

—Pues, la verdad, Luis, que sí nos ha proporcionado Ud. malos ratos, y que...

—Precisamente, señora, y excuse que la interrumpa, precisamente por que lo comprendo así, vengo a Ud. a darle las satisfacciones del caso; y porque deseo, con toda formalidad, seguir visitando su casa, si para ello Ud. otorga su consentimiento.

—Pero, Luis, aunque yo disimule sus cosas... Ud. sabe que esto es mejor que lo hable con mi marido, que es quien puede darlo en definitiva.

—Sí, señora; pero quiero, como es mi deber, si Ud. no lo lleva mal, imponerla de que deseo casarme con Felicia, quien ha concedido bondadosamente su perdón a este injusto amigo, que siente por ella el más puro y vivo amor, y que hará cuanto esté en su mano por que sea feliz mientras aliente.

La madre y la hija se miraron. Felicia no resistió la mirada y bajó los ojos. Con las aguzadas y

pulidas uñas rompía un encaje de la manga de su blusa, y temblaba como una mariposa prendida de un ala. La madre paseó los ojos de Felicia a Luis y de éste a aquella, tratando de leerles en los corazones, y tomándose tiempo para dar la contestación más oportuna. Hasta que Felicia, apenada y roja como un grano de café maduro, huyó del salón poseída de temor, cual si su madre tuviese que cobrarle alguna mala acción, y ya la reconviniere con los ojos. En seguida la señora dijo reposadamente:

—Para asunto de ese tamaño, hable con mi marido, como le dije antes... Por mi parte, si Felicia es favorable a los designios suyos, yo no tengo por qué oponerme. De modo que espere Ud. la contestación de mi esposo. El será quien decida. Sí le ruego una cosa: estoy muy cansada para cuidar novios, y quisiera que Uds. arreglaran no muy tardado sus asuntos, sin sacrificarme.

—Como Ud. lo ordene, señora. Si no es impertinencia de mi parte, a mi vez le ruego, que Ud. sea la primera en hablarle de esto a su marido, agregándole, que vendré el día que fije, dispuesto a comprometerme *oficialmente* con Felicia, y a señalar corto plazo para verificar la boda, satisfaciendo su deseo. Si Uds. lo quieren, mañana mismo dejamos las cosas arregladas debidamente. Y ahora usted, viendo mi actitud, creo que se convencerá de que no vengo a divertirme ni a hacerles pasar

malos ratos, sino por el contrario, a servirles y a quererlos como excelentes padres de la mejor y más bella señorita que he conocido.

La señora insistió en que era mejor esperar a ver qué decía su marido; y en lo demás asintió con un ligero movimiento de cabeza. Luis se puso de pie, hizo una reverencia, y se marchó preocupado con el magno proyecto.

Felicia, que no estaba lejos del salón, al oír la despedida, se asomó a la ventana, tras las persianas; y llena de zozobra, miraba a un lado y a otro, temerosa de que Alfredo estuviera por ahí, en acecho, y cometiese un desaguisado. No sabía Felicia, que ya Alfredo estaba en la finca de su padre, resuelto a no parecer por la capital en mucho tiempo, mientras borraba las impresiones dolorosas de los desengaños en su pecho, y el recuerdo de su desmán, en la memoria de las gentes.

IV

La tarde estaba primorosa, tranquila y con cierta poética melancolía. Lindos celajes decoraban el fondo de las avenidas, al poniente; al Este la iluminación y colorido de las montañas majestuosas hacía pensar en los paisajes celestiales que a nues-

tra mente sugiere el místico Klopstock. Un céfiro blando, embalsamado, abanicaba el rostro, como las plumas del ala de un ángel que se eleva. Las ramas de los árboles del Parque se mecían susurrando misterios de amores.

Sentado en una banca de piedra, Luis, relamido, contento y azogado al mismo tiempo, estaba impaciente porque los relojes públicos dieran las seis, hora convenida para presentarse en casa de Felicia. A cada momento miraba su reloj de bolsillo, y una vez, creyendo que las manecillas no giraban en la carátula, se lo llevó a la oreja: el tic tac lo convenció de que su reloj caminaba bien.

Naturalmente que con tal impaciencia el tiempo se le hacía más largo, confirmando el refrán vulgar que dice: quien espera desespera. Al cabo sonó lenta la campana del cercano reloj de la Catedral, dando las seis; y Luis fué a llamar a la puerta de su paraíso anhelado. La prima de Felicia, la preferida, muy perifollada abrióle. Con sonrisa picarezca, que decía mucho, lo pasó adelante y lo condujo al salón, testigo de tantas peripecias de su vida de novio. En el centro veíase una preciosa mesa de caoba, estilo Luis XV, y sobre la mesa un ramo enorme de fragantes flores, que casi la llenaba. Se sentaron, y ella dijo:

—Ya viene Felicia.

—¿Dónde está? Preguntó él.

—En su tocador. Le cogió un poco tarde para arreglarse; pero no tardará, ahorita viene. Y después, cambiando el tono serio por el de broma, agregó:—Con que hoy... se comprometen... Por fin. Yo lo dije; si no podía ser de otro modo; si Ud. fué y es el primer novio de ella, y el único...

—¿Qué dijo Ud?

—Dije, desde hace mucho tiempo, que Uds. pararían en casarse; y se lo repetí siempre a Felicia, hasta en aquellos días que estaban Uds. peleados.

—¿Peleados? Perdone, pero nunca hemos peleado.

—¡Ah! ¿Lo va a negar...?

—Sí, señorita, y dispense la contradicción descortés.

—Ya hoy es otra cosa, y por eso Ud. puede afirmar lo contrario. No hablemos de eso. ¡Qué dichosa Felicia!

—¿De veras; lo cree Ud. así?

—Ya lo creo. Por eso acepté la invitación que se me hizo a comer con Uds... Porque ahora lo dejan a Ud. aquí... Felicia ha estado hoy en la cocina aderezando unos platos.

—Y ¿por qué le parece a Ud. de tanto valor que sea yo el primero y el único novio de Felicia?

—¡Ah! Porque el primer novio, cuando se quiere como Felicia le ha demostrado a Ud. que lo quiere, nunca se puede olvidar, por más que vengan otros...

—Comprendo que con él se abren los corazones femeninos al amor y se crean las ilusiones más seductoras; pero suele amarse a cada hombre según él es; hay, como si dijéramos, una forma diferente para cada uno y más o menos aceptable, ¿no lo cree Ud. así?

—Sí, pero el amor podría quizá compararse a un licor...

—Contenido en un ánfora, que es el corazón... y como las mujeres son por naturaleza compasivas, interrumpió Luis, riéndose, dan de beber a los sedientos, y cuando muchas bocas por poca sed que hayan tenido, han apagado su sed allí, el ánfora se seca. ¿No es cierto?

—No era eso lo que yo iba a decir.

—Pues ¿qué iba Ud. a decir, que cometí la imprudencia de interrumpirla?

—Lo olvidé.

—¡Cuánto lo siento!... ¿Y su ánfora, está llena?

—Ya lo creo que lo está. Pero aun cuando no lo estuviese, no importa; tengo un recurso para cuando se agote y venga a mí con abrasadora sed aquel que yo ame de verdad.

—¿Cuál recurso? ¿Se puede saber sin pecar por indiscreto?

—Le daría mi sangre, que es más...

—Aquí en la solapa tengo un alfiler. Vamos sacando ese tibio líquido.

—Todavía no hay necesidad, porque como no he amado me sobra con qué apagar la sed, aunque fuera la de todos los israelitas, antes de que Moisés hiriese la roca con su vara.

—Veo, señorita, que está Ud. prevenida, y que ha leído la Biblia...

—Cómo no, si lo estoy oyendo a Ud.; y, además, nunca he amado a ningún hombre, de veras.

—Permítame que lo dude...

—Permítame Ud. a mí un momento para avisarle a Felicia que Ud. la espera... Y se levantó la joven precipitadamente, tal vez apesurada de su locuacidad. El mismo Luis lo supuso, y entonces la llamó afectuosamente:

—¡Señorita!...

—Vuelvo; contestó ella sin detenerse y sin mirarlo, saliendo a prisa de la estancia.

—Como guste, señorita, Ud. es muy dueña...

En este momento la madre de Felicia entró reposadamente y con elegancia. Saludó a Luis, y dijo:

—En seguida estarán aquí Felicia y su papá. Le ví entrar a usted y les avisé. Hizo la señora una pausa, y luégo continuó: Y ¿cómo ha seguido?

—Muy bien, señora. Creo que de ese infortunado lance me acordaré, por haber sido una lección y para amar mucho más, si cabe, a Felicia.

—Cuánto me alegro. ¿Y su mamá ¿Por qué no?

vino su mamá con Marta? Nos hubiera agradado tanto...

—Justamente a mí me habría agradado también; pero con anterioridad se había anunciado para hoy una visita, y por eso me rogaron que las excusara: que ya ellas vendrían a cumplir con Uds. lo más pronto posible.

En esto entraron al salón, Felicia, su padre y la prima. Repitiéronse los saludos y las excusas, y se habló durante algunos minutos de generalidades. Después hubo un compás de silencio al que Luis puso término diciendo:

—Con el beneplácito de Uds. tengo la inmensa satisfacción de dar uno de los pasos más serios de mi vida, y que, después de pensarlo bien, considero acertado: he resuelto casarme con Felicia; y ante sus padres quiero crear con ella el compromiso formal, y señalar de común acuerdo día para la boda.

Todos asintieron gravemente con la cabeza, y Luis, emocionado, sacando de su bolsillo una cajita de felpa roja, la abrió, y ofreció a Felicia un precioso anillo de rubí, hermosísimo, rodeado de diez y ocho brillantes, diciéndole:

—Esta es la sortija de compromiso; deseo que usted me permita colocársela en el dedo.

Felicia extendió la blanca mano al joven, que le puso con delicadeza la alhaja; y la niña, allá en lo íntimo, alegre como una colegiala, fué a mostrarla a

su mamá, a su papá y a la prima, que no se cansaba de admirar la joya y la esplendidez del novio. En seguida se discutió la fecha de la boda. Luis preguntó si el veinticuatro de septiembre sería aceptable, y como nadie hizo objeción, quedó convenido que el veinticuatro se casarían.

El padre de Felicia invitó a Luis a comer; y, aceptada la invitación, el caballero exhortó a su hija a sentarse al piano. Pero la muchacha, por quedarse al lado de su prometido, se hizo la que no oyó, y entonces la prima, comprendiéndolo, antes de que se repitiera la excitativa, fué al piano, y con sentimiento tocó. Cuando concluyó la aplaudieron y le rogaron que tocara otra cosa. La joven no se hizo del rogar y tocó un trozo de música alegre.

Una criada se presentó trayendo una bandeja con copas y una botella de vino añejo. Se sirvió el vino y libaron a la salud de los prometidos esposos, y éstos a la de los circunstantes.

La madre de Felicia quiso, por su parte, amenizar también el rato: sentóse al piano y tocó con sentimiento y limpidez, *La plegaria de una Virgen*. Fué también aplaudida y galanteada por su habilidad musical.

Se charló aún un poco, y pasaron luégo al comedor. La mesa esperaba con arte y sencillez puesta. Abundantes flores alegraban la vista con sus ostentosos matices, y perfumaban el ambiente.

La comida fué cordial; y Luis, retozándole el corazón de dicha, ya se creía en su propia casa, feliz al lado de su gentil compañera, agasajado y querido por sus nuevos parientes.

Al agonizar la tarde, por entre los rosales crecidos del jardín, y después de formar un arco iris en el chorro de agua del surtidor de mármol, un rayo solar color de oro anaranjado, penetró por la vidriera del comedor. Los pétalos de las flores de la mesa se encendieron, los bordes de las hojas tiñéronse de amarillo metálico, la plata y la loza relumbraron, y en las pupilas de los novios cabrilleó la luz como sobre la superficie de un estanque acariciado por las ramas de los sauces.

Un rayo celeste ilumina, alegre y corona los actos más puros de los hombres.

V

Feliz, con arrestos hasta para arriesgarse a acometer arduas empresas, y todo por virtud del amor, iba Luis camino de su casa a eso de las diez de la noche, pesaroso porque la cortesía lo obligó a despedirse de Felicia más temprano de lo que era su gusto para no fastidiar a los futuros suegros con su presencia; pero por otro lado, ardía en deseos de

referir circunstanciadamente a su madre y a su hermana cuanto hubo en celebración de su compromiso matrimonial.

La noche estaba fresca y apacible. Los luminare celestes despedían indiferentes su luz; mas los habitantes de nuestro planeta presienten en el continuo titilar de las estrellas, voces misteriosas que acusan, aplauden, deprimen, elevan, incitan contienen o acarician el alma. A Luis enviábanle sonrisas en los filamentos de luz, y éxtasis que lo elevaban al infinito: que no hay placeres mayores que los del amor, cualesquiera que sean la clase y condición de los sujetos, porque, cual planta perenne y de asombrosa vitalidad, germina en los antros de miseria igual que en los palacios; tiene asiento lo mismo en el corazón humilde por ignorante, pobre y sencillo, que en el más atrevido, audaz e ingenioso, y sus frutos son de paz y de unión.

Cuando Luis entró en la salita de su casa, encontró a su buena madre y a Marta conferenciando.

—¿Qué tal? Le dijeron ambas al verlo, refiriéndose al resultado de la visita.

—Muy bien. Contestó Luis. Me recibieron perfectamente. Tenían una comida para festejar el acontecimiento, a la que no asistió ningún extraño. He gozado mucho. Me preguntaron con verdadero

interés por qué no habían ido Uds., con quienes contaban para completar el cuadro de familia.

—Y tú ¿qué dijiste? ¿No les presentaste la excusa, sobre todo a Felicia? Preguntó Marta.

—Claro está. Les dije lo que Uds. me encargaron.

—¿Y qué hubo? Interrogó la hermana.

—Que yo mismo, después de explicar mis intenciones y de pedir el respectivo consentimiento a quienes correspondía, le puse a Felicia el anillo de compromiso; el mismo que Uds. vieron y que nadie conocía, sólo Uds...

—¿Les gustó? Preguntó Marta.

—Bastante. Me caso el veinticuatro de septiembre, si de aquí allá no se presentan inconvenientes, porque todo puede suceder. Felicia y yo hemos tenido tantos...

—La mayor parte creados por ti mismo; le repuso su hermana.

—De cualquier modo, el hecho es que los ha habido; pero te aseguro que ahora, en el remoto caso que aparecieran, no sería por mi culpa, pues sólo que me muriera no iría al altar con ella.

La madre interrumpió el diálogo, así:

—Bien, hijo mío, que Dios te bendiga y bendiga la boda. Siento no haber podido acompañarte.

—Más lo sentí yo; pero Ud. estaba acompañando a Marta, no podía dejarla sola. Su bendición es

la mejor palabra que Ud. puede decirme. Y aunque sentí que Ud. y Marta no estuvieran esta tarde conmigo, la pena es menor viendo cómo aprueba usted mi conducta.

—Sí, hijo; que no te falte nunca con qué hacer frente a tus obligaciones, decorosamente, y que Dios te dé fortaleza. Y lo abrazó con efusión. Después de una breve pausa, agregó: Me quedaré sola...

—¡Cómo, cómo! Dijeron a un tiempo Luis y Marta. ¿Quedarse...? ¡Eso no!

—Sí, porque Uds. se van. Y yo tendré que buscar acomodo.

—Pero, ¿cómo puede Ud. decir tales cosas?... Volvieron a exclamar los dos hermanos, inspirados en iguales sentimientos.

—Sola porque Uds. se van. Sola entré al matrimonio, dejando a mis padres; y ahora me toca el turno. Sin Uds. entré al matrimonio; sin Uds. que me han ayudado a vivir material y moralmente, y sola me quedaré ahora. Lo único es, que cuando me casé tenía veinte años, y hoy tengo cuarenta y siete y poca salud...

—Mamá, francamente no le entiendo esas exclamaciones tan peregrinas. Me parece que se ha puesto nerviosa y se olvida de Marta, y se olvida de cómo soy y de cómo he sido y de cuánto la quiero.

—Hijo, es que Marta se casa también, y más pronto que tú.

— ¡Se casa! ¡Marta se casa! ¿Con quién? ¿Con Carlos?

— Sí, Luis, me caso... Me caso con tu excelente amigo.

— Sí, hijo, se casa con Carlos.

— Magnífico. Te felicito con todo el corazón, Marta. Venga un abrazo. Y Ud., mamá, se viene conmigo a vivir. Disfrutará de cuantas comodidades yo pueda darle.

— No, Luis, mamá se vendrá conmigo. Es cosa convenida; dijo Marta.

— Tan calladita. ¡Cómo lo tenía arreglado todo en silencio para darnos la sorpresa! dijo Luis.

— No; esta noche lo arreglamos todo, porque Carlos, que hace días estaba empeñado en ello, se entusiasmó cuando le contamos que tú habías ido a casa de Felicia a comprometerte. Y en seguida habló con mamá y... quedó todo arreglado.

— ¡De veras...!

— Sí, Luis. Con el consentimiento de mamá se ha hecho todo y convinimos con Carlos, que ahincadamente lo pidió y que tanto ha querido siempre a mamá, en que ella se iría a nuestra casa. Por eso no comprendo el por qué ella nos ha dicho tantas cosas tan extrañas.

— ¡Pobrecita, está nerviosa! Pero no debe ser así, debe estar contenta, llena de gozo, y alegrarse con nosotros. Mamá, Ud. se irá con cualquiera de

los dos. Escoja. Y si Marta tiene la suerte de ser la preferida, respeto la elección; sí prométame formalmente que pasará largas temporadas conmigo y con Felicia. Y crea, que distante o cerca de usted, siempre la amaré lo mismo, y no dejaré nunca, nunca de prestarle el auxilio moral y económico que Ud. haya menester. Para Marta y para mí, usted es lo primero sobre la tierra. Ud. nos ha formado y gracias a Ud. somos lo que somos y podemos lo que podemos.

La madre, anegados en lágrimas los ojos, extendió los brazos y dulcemente apretó contra su seno a sus dos hijos, orando con el corazón una plegaria en pro de ellos, llena de los mejores y más ardientes deseos.



... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...
... el ... de ...

INDICE

<u>CAPÍTULO</u>	<u>PÁGINA</u>
I.—Convaleciente.	
II.—Un paseo.....	29
III.—Mudanzas.....	53
IV.—Felicia y Marta.....	77
V.—Desdeñados.....	103
VI.—Brotos y renuevos.....	133
VII.—Reparaciones.....	159

INDICE

INTRODUCCION 1

1. EL MUNDO DE HOY 2

2. EL MUNDO DE MAÑANA 3

3. EL MUNDO DE AYER 4

4. EL MUNDO DE DESPUES 5

5. EL MUNDO DE AHORA 6

6. EL MUNDO DE ANTES 7

7. EL MUNDO DE DESPUES 8

8. EL MUNDO DE AHORA 9

9. EL MUNDO DE ANTES 10

10. EL MUNDO DE DESPUES 11

11. EL MUNDO DE AHORA 12

12. EL MUNDO DE ANTES 13

13. EL MUNDO DE DESPUES 14

14. EL MUNDO DE AHORA 15

15. EL MUNDO DE ANTES 16

16. EL MUNDO DE DESPUES 17

17. EL MUNDO DE AHORA 18

18. EL MUNDO DE ANTES 19

19. EL MUNDO DE DESPUES 20

20. EL MUNDO DE AHORA 21

21. EL MUNDO DE ANTES 22

22. EL MUNDO DE DESPUES 23

23. EL MUNDO DE AHORA 24

24. EL MUNDO DE ANTES 25

25. EL MUNDO DE DESPUES 26

26. EL MUNDO DE AHORA 27

27. EL MUNDO DE ANTES 28

28. EL MUNDO DE DESPUES 29

29. EL MUNDO DE AHORA 30

30. EL MUNDO DE ANTES 31

31. EL MUNDO DE DESPUES 32

32. EL MUNDO DE AHORA 33

33. EL MUNDO DE ANTES 34

34. EL MUNDO DE DESPUES 35

35. EL MUNDO DE AHORA 36

36. EL MUNDO DE ANTES 37

37. EL MUNDO DE DESPUES 38

38. EL MUNDO DE AHORA 39

39. EL MUNDO DE ANTES 40

40. EL MUNDO DE DESPUES 41

41. EL MUNDO DE AHORA 42

42. EL MUNDO DE ANTES 43

43. EL MUNDO DE DESPUES 44

44. EL MUNDO DE AHORA 45

45. EL MUNDO DE ANTES 46

46. EL MUNDO DE DESPUES 47

47. EL MUNDO DE AHORA 48

48. EL MUNDO DE ANTES 49

49. EL MUNDO DE DESPUES 50

50. EL MUNDO DE AHORA 51

51. EL MUNDO DE ANTES 52

52. EL MUNDO DE DESPUES 53

53. EL MUNDO DE AHORA 54

54. EL MUNDO DE ANTES 55

55. EL MUNDO DE DESPUES 56

56. EL MUNDO DE AHORA 57

57. EL MUNDO DE ANTES 58

58. EL MUNDO DE DESPUES 59

59. EL MUNDO DE AHORA 60

60. EL MUNDO DE ANTES 61

61. EL MUNDO DE DESPUES 62

62. EL MUNDO DE AHORA 63

63. EL MUNDO DE ANTES 64

64. EL MUNDO DE DESPUES 65

65. EL MUNDO DE AHORA 66

66. EL MUNDO DE ANTES 67

67. EL MUNDO DE DESPUES 68

68. EL MUNDO DE AHORA 69

69. EL MUNDO DE ANTES 70

70. EL MUNDO DE DESPUES 71

71. EL MUNDO DE AHORA 72

72. EL MUNDO DE ANTES 73

73. EL MUNDO DE DESPUES 74

74. EL MUNDO DE AHORA 75

75. EL MUNDO DE ANTES 76

76. EL MUNDO DE DESPUES 77

77. EL MUNDO DE AHORA 78

78. EL MUNDO DE ANTES 79

79. EL MUNDO DE DESPUES 80

80. EL MUNDO DE AHORA 81

81. EL MUNDO DE ANTES 82

82. EL MUNDO DE DESPUES 83

83. EL MUNDO DE AHORA 84

84. EL MUNDO DE ANTES 85

85. EL MUNDO DE DESPUES 86

86. EL MUNDO DE AHORA 87

87. EL MUNDO DE ANTES 88

88. EL MUNDO DE DESPUES 89

89. EL MUNDO DE AHORA 90

90. EL MUNDO DE ANTES 91

91. EL MUNDO DE DESPUES 92

92. EL MUNDO DE AHORA 93

93. EL MUNDO DE ANTES 94

94. EL MUNDO DE DESPUES 95

95. EL MUNDO DE AHORA 96

96. EL MUNDO DE ANTES 97

97. EL MUNDO DE DESPUES 98

98. EL MUNDO DE AHORA 99

99. EL MUNDO DE ANTES 100

100. EL MUNDO DE DESPUES 101

